



CONFORMACIONES, PERFORMACIONES Y TRANSFORMACIONES: MATERIALES TRANSDUCTIVOS DE LA CONTEMPORANEIDAD

Miguel A. V. Ferreira

Universidad Complutense de Madrid

Planteamiento

La Modernidad supuso un doble y contradictorio proyecto (Wagner, 1997: 27-53) de liberación y sometimiento: la liberación implicaba al ideario ilustrado amparado en el principio de racionalidad, frente a la derrocada hegemonía teológica en el conocimiento europeo, y lo era de ese su invento, el “individuo”; un individuo construido, a la par, como *homo oeconomicus*, egoísta, calculador y en permanente búsqueda de la maximización del beneficio (un individuo autónomo y no coaccionado, “libre”, en el juego de la competencia mercantil); y también un individuo dotado de derechos y deberes políticos (no cualesquiera, sino los de la ciudadanía inscrita en un régimen político democrático, parlamentario y representativo) y de “responsabilidad moral” para asumir dichos derechos y deberes por su bondad constitutiva frente a cualesquiera otros posibles.

Frente a la liberación racional del individuo, se erigía, no obstante, el gran proyecto de dominación amparado por la instauración de una de las tres grandes instituciones de la Modernidad: el Estado-nación¹. Esa estructura económico-político-moral del individuo moderno debía ser bien pulimentada por dicha institución, debía garantizarse que las “personas” subsumidas bajo la categoría individuo asumiesen perfecta y solidariamente esa subsunción. Para liberar al individuo era necesario someter férreamente a la persona. Y el logro, en ello, fue notable.

La ideología que dio soporte a ese doble y contradictorio proyecto, la del liberalismo, político y económico, triunfante al amparo de los postulados de Smith, dio cobertura a la realización práctica del mismo. No obstante, hasta los años 70 del siglo pasado, aún debía habérselas con ideologías alternativas que pugnaban por

¹ El Estado-nación, la Familia (nuclear y burguesa) y el Trabajo (como norma mayoritaria de integración social), son las tres grandes instituciones de la Modernidad; implican la transición, desde las sociedades tradicionales, de tres ejes de referencia fundamentales: la regulación política, la socialización primaria (núcleo de gestación de valores y roles en el que la higiene sexual cobró un lugar central, haciendo del cuerpo tema de atención, y vigilancia, preferente), y la regulación económica.

hacer evidente lo arbitrario, tanto del proyecto como de la ideología que lo enunciaba como universalmente necesario. Mientras que la ideología liberal exaltaba ese principio de liberación que se suponía era estandar-te, y práctica, de la Modernidad, ocultaba el correlativo proceso práctico de sometimiento de la persona mediante la regulación del Estado-nación y la progresiva implantación de legitimidades político-legales de obligado cumplimiento. Del pensamiento de Marx se podía extraer una de las falacias inscritas en ese discurso: el individuo libre era, en realidad y mayoritariamente, un trabajador asalariado, sometido y necesariamente obligado a dicha condición como único medio de subsistencia (Marx; 1976, 1987, 1989). La obra de Freud revelaría otra de sus falacias: la de la completitud cognitiva de dicho individuo, enunciada a través de la categoría sujeto; muy lejos de ello, el individuo moderno encubría una persona atravesada por conflictos internos, en permanente estado de irresolución, sometida pues a una profunda auto-ignorancia, entre sus niveles consciente e inconsciente. Por su parte, Nietzsche (1990, 1991, 1992, 1993, 1998) hacía evidente la falacia de la universal moralidad (bondad) que supuestamente contenía el proyecto, mostrando su arbitrariedad, a la par que cuestionaba la solidez de los presuntos principios de verdad en los que se amparaba. El individuo protagonista de la liberación moderna era una ficción económica, psíquica, moral y epistemológica.

Mientras hubo alternativa, cabía pensar que quizá en algún momento el proyecto estallase por alguno de sus puntos débiles, derivados, todos ellos, de la incompatibilidad entre los valores promovidos, la matriz cultural que lo acompañaba (igualdad de oportunidades, meritocracia, posibilidad de éxito social a partir del talento y el esfuerzo, solidaridad, etc.) y la realidad efectiva que el modelo racional-capitalista-democrático suponía (desigualdad, reproducción de las condiciones de clase para la gran mayoría de las personas, competencia, egoísmo, etc.)². Cabía la esperanza...

Pero diversos procesos (Castells, 1998) coincidentes en el tiempo dieron al traste con dicha esperanza. Se acabaron los pactos del bienestar y las orientaciones y medidas políticas keynesianas (Alonso, 1999), la liberación de la mujer y la puesta en cuestión de los principios machistas y patriarcales inició la erosión de la “nuclearidad” de la familia moderna, las nuevas tecnologías propiciaron la desubstancialización del Estado-nación en tanto que institución política (Beck, 2001) y la radicalización de los mercados financieros como motores condicionantes, decisivos, de la economía, ya global, en su conjunto. Llamemos a esta transición, que sin duda supone una recomposición de conjunto de nuestra existencia, el Neoliberalismo Globalizado de la Modernidad (NGM). El NGM ha ido, desde entonces, progresivamente y casi prácticamente sin fisuras, consolidándose en nuestra existencia cotidiana.

Desde entonces y hasta fecha actual, en el breve discurrir de poco más de tres décadas, el NGM se ha convertido en la fe universal del planeta, la única verdad irrenunciable a la que hemos de someternos si es que queremos tener algo, razonable, que hacer en la vida. Hay, eso sí, todo un “aparato de expiación” para la descarga de la evidente frustración que se instala en la gran mayoría de la gente cuando, sin ser conscientes de ello, “saben” que no están a su alcance los “bienes” que el NGM promete; y así, todo banco tiene, necesariamente, la consiguiente Fundación dedicada a labores solidarias; y así, el universo de las ONG’s ha sido hipertrofiado hasta la extenuación por las OG’s. Y tenemos la impagable vigencia, todavía, de la sacrosanta institución Católica Apostólica y Romana que provee de esperanzas ante la desesperanza generalizada (eso sí, con su propio banco y sus propias especulaciones plenamente involucradas en el NGM, naturalmente...). Y podríamos ir sumando infinitos dispositivos al alcance de la mano de cualquiera que palian la realidad efectiva e innombrada (la televisión, con la sistemática degradación de sus parrillas, es manifestación palmaria de todo este despliegue expiatorio; se podría resumir, de manera bastante arbitraria pero, entendemos, muy gráficamente indicativa, de esta guisa: si vuelvo a casa a las 11 de la noche, después de 14 horas de trabajo en cualquier empleo precario, mal pagado y no reconocido, porque no tengo otra opción para subsistir, dado que el cansancio me impide, obviamente, ponerme a pensar en la injusticia que me ha abocado a esa exis-

² Watson (1995) ilustra bien esa contradicción cultural-material.

tencia, mejor enciendo la tele y veo cualquier cosa que me “desconecte” y me haga creer que la “realidad” es algo que todavía no he tenido ocasión de conocer —pues no es lo que vivo cotidianamente, dado que eso es algo “transitorio”— y su verdadera textura me la ofrecen, como fieles representantes de la misma, esos programas en los que un albañil llega a estrella de la canción, los héroes cinematográficos —todos ellos nacidos en EEUU— hacen tambalearse a los cimientos de la injusticia únicamente provistos de su enorme capacidad de bondad, y demás... me voy a dormir pensando que algún día yo lograré algo así, cuando supere mis propias e innovables mermas como ser humano...).

Y sin embargo, la mecánica del NGM ha llegado a un “punto de irreversibilidad” al desencadenar una crisis financiera global. La hipertrofia especulativa ha llegado a un punto en el que, fruto de la concreta acción de personajes concretos, en lugares concretos, por razones concretas y de forma concreta, ha generado consecuencias que exceden nuestras capacidades de comprensión, consecuencias que afectan, y afectarán, a cualquier habitante de este planeta. Sin embargo la ficción se sostiene...

El sometimiento, como contraparte “oscura” del proyecto de liberación moderno, ha logrado tal eficiencia que, pese a la situación actual, parece que ya nadie está en condiciones de abandonar evidencias inútiles y crear alternativas plausibles. La economía capitalista global se desmorona (¿nadie se da cuenta?) pero los bancos siguen generando beneficios indecentes y los que, cada vez de manera más cruenta, pagan las consecuencias son los desposeídos de dicha economía. Los Estados-nación ya no están en condiciones de tomar decisiones efectivas sobre el funcionamiento de sus territorios pero se aferran, desesperadamente, a su condición de veladores del orden, legislando con absoluta discrecionalidad sobre materias que no han querido, sabido ni podido decidir (léase la recrudescida Ley Antitabaco en España³).

La pregunta, la pregunta “sociológica” es... ¿y qué se puede hacer?...

Conformaciones

Para una respuesta tentativa, sería conveniente poner en limpio diversas cuestiones que, quizá, sean de relevancia en ello.

Conformarse es aceptar, desde planteamientos preestablecidos (y ajenos), la forma que haya tocado en suerte, no discutir, acatar, asumir, plegarse, subordinarse, no oponerse, no subir la voz... no salirse del tiesto. Somos seres, sociales, sistemática y eficazmente conformados al *status quo*. El *status quo* es un estado de cosas contingente resultado de un proceso de evolución histórico que podría haber sido cualquier otro pero ha sido el que es, y que se nos presenta como del orden de lo necesario, de validez universal e incuestionable en su particular configuración; esto ya lo indica Bourdieu (1999), al hilo de su crítica al sesgo escolástico⁴.

³ Rodríguez Díaz (2011) ilustra manifiestamente el asunto.

⁴ “La violencia anexionista (...) puede ejercerse en las relaciones de dominación simbólica entre los Estados y las sociedades con acceso desigual a las condiciones de producción y recepción de lo que las naciones dominantes están en disposición de imponerse a sí mismas (y, por lo tanto, a sus dominados), y de imponer a los demás, como universal en materia de política, derecho, ciencia, arte o literatura. (...) [L]a manera de ser dominante, tácitamente erigida en norma, en realización cabal de la esencia de la humanidad (todos los racismos son esencialismos), tiende a afirmarse con apariencias de naturalidad mediante la universalización que erige ciertas particularidades fruto de la discriminación histórica (las masculinas, blancas, etcétera) en atributos no marcados, neutros, universales, y relega las otras a la condición de “naturalezas” negativas, estigmatizadas (...) [L]as propiedades distintivas del dominado (“negro”, particularmente “árabe”, en la actualidad) dejan de parecer imputables a las particularidades de una historia colectiva e individual marcada por una relación de dominación. [...] Y mediante una mera inversión de las causas y los efectos, se puede así

Podemos reducir, sin miedo a que el esquematismo nos haga perder el norte, que el *status quo* actual son los banqueros, las multinacionales y los políticos profesionales. Ellos/as son los/as que son en virtud del trayecto que se emprendió a partir de los 70 y ellos/as son los/as que dicen que lo que son es lo que tienen que ser por la necesidad evidente del mundo que habitamos; por supuesto, ellos/as son los que se benefician de que ese mundo sea cómo es y no de otra manera y, en consecuencia, son los/as culpables de que la gran mayoría de los/as habitantes del planeta, a fecha actual, se vean condenados/as a la penuria.

Estamos conformados, dócil y sumisamente, por un discurso-práctica económico-político-mediático según el cual lo que vale la pena es potestad de una minoritaria minoría pero merece la pena creerse, por parte de la mayoría que nunca lo alcanzará, actuar para lograr obtenerlo, aún cuando nunca se obtenga, pues, evidentemente, según ese discurso-práctica deja bien claro, el fracaso en el logro no se debe a las condiciones estructurales en las que el mismo ha de ser logrado, sino a que el agente (social) implicado en el intento es portador de alguna merma fundamental que lo incapacita para ello. No hay fracasos colectivos: el fracaso, como todo, es potestad del individuo.

Estamos conformados por ideales estéticos en los que el cuerpo (algo que no forma parte de la constitución del individuo y del sujeto moderno) es el depositario fundamental del éxito que podremos alcanzar; y aunque sea imposible alcanzar el canon vendido (pues se vende en un importante campo de negocios a fecha actual: dietética, estética —con cosmética, cirugía, moda, etc.—, deporte —artilugios mil de televenta que te te hacen crecer los abdominales mientras duermes—, hábitos y conductas —fumar es ya una aberración que condena a su practicante, directamente, a la muerte: para evitarlo, múltiples programas de desintoxicación a pagar por el/la arrepentido/a—, y así hasta el infinito...), aunque sea imposible, cualquiera puede creerse que no lo es y apelar a los medios puestos a su disposición para ello... siempre en beneficio de terceros y en perjuicio propio.

Estamos conformados por la creencia de que el mundo en el que vivimos es el único en el que podemos vivir, que no hay otro mejor, y ello es así porque nos han arrebatado la capacidad de “pensar”, de plantearnos mundos alternativos, de desear mundos alternativos, de no estar de acuerdo, de raíz, con los fundamentos que permiten que este mundo sea como es. Cuando una ley se promulga, no entendemos que es la decisión contingente de un aparato legislativo compuesto por personas falibles, sino que la Ley cobra, automáticamente, el estatuto de verdad incuestionable y, por tanto, abstracción advenida al mundo de los vivos que ha de ser necesariamente acatada, bajo pena de ser expulsado del universo de la especie humana. Stalin, Hitler, Franco y demás fueron grandes promotores de legislación, por cierto...

Estamos conformados por esa ficción moderna de un proyecto de liberación ilusorio anclado en el individuo; así que, habremos de dejar de ser individuos para encontrar respuestas en esta encrucijada. Pero es difícil.

Performaciones

Estar performado indica estar construido, en la propia materialidad poseída, por discursos que dicen cómo es dicha materialidad. Performar es rodear la forma con el discurso para conformarla de un modo determinado. Ser performado es ser obligado a ser, materialmente, de determinada manera, por un discurso de poder que dictamina cómo se ha de ser. Nuestra conformación es fruto de los efectos performativos de los discursos del poder. Para lograr esos efectos, el discurso ha de ser, necesariamente, imperativo: la orden implica la acción, el discurso provoca la realidad que enuncia.

“culpar a la víctima” imputando a su naturaleza la responsabilidad de las desposesiones, las mutilaciones o las privaciones a las que se la somete. (Bourdieu, 1999: 98-99).

Pensemos en los aeropuertos. Hay un discurso, de poder, antiterrorista (no en abstracto, estadounidense, propiciado por el 11-S, que nos ha impregnado hasta la médula, y que hace que si uno/a lleva un frasquito de perfume, regalo entrañable de una persona querida, se convierta, ante el detector y el funcionario de turno, en un terrorista en potencia que ha de demostrar, sí o sí, que no lo es; pues si no lo demuestra será considerado como tal y se actuará en consecuencia; de tal modo que ya no se llevan perfumitos al aeropuerto pues se sabe que con ello se adquiere la condición de terrorista internacional; ni el detector ni el funcionario atienden a la singularidad de la persona, sus experiencias, deseos, recuerdos, afectos... sólo atienden al dictamen performativo del discurso que enuncia la realidad... performación).

La performación a la que estamos sometidos construye discursivamente la conformación que operamos de manera práctica. Si me conformo a no fumar en un espacio público abierto porque la gente, erróneamente, ha asumido que ahí no se puede fumar y si lo haces caes en la ignominia, el descrédito y la barbarie moral, es porque performativamente hay un discurso, una Ley, que ha exacerbado la persecución del fumador y su acto y ello genera las prácticas, de la gente, que extienden la ley, consecuentemente, más allá de sus verdaderas implicaciones; porque performativamente, el discurso de la Ley, “fumar mata”, hace que la gente se sienta, realmente, en riesgo de muerte ante el fumador, y, conformativamente, actúe en consecuencia guiada por el discurso performativo.

Performación es someter al absurdo ejercicio de la cuantificación los ejercicios discentes de los alumnos, cualitativamente inconmensurables entre sí, puesto que la directriz actual, marcada por la convergencia del Espacio Superior de Educación Europeo dictamina que evaluar es calificar con un número que ha de comprender una cifra entera y un decimal, entre 0 y 10; el discurso de la convergencia performa la realidad, conformada, de la calificación que se efectúa⁵.

El ingrediente clave, por omitido del primer plano, en esta tenaza con-per-formativa, es el cuerpo; lo cual hace expresa la eficacia de la categoría individuo consagrada como templo de veneración por la modernidad. El individuo, política y moralmente definido en sus derechos, deberes y responsabilidad, lo es, puede ser tal, por su capacidad de raciocinio, porque es un “sujeto”, porque, como muy bien decía Durkheim (1973), puede llegar a darse cuenta de que lo colectivo está por encima de lo individual y actuar, individualmente, en consecuencia. El individuo, en tanto que sujeto, hace cálculos óptimos en sus acciones económicas, nunca decide de modo absurdo e ineficiente; el individuo resuelve problemas mediante razonamientos medios-fines; el individuo no siente ni tiene cuerpo, simplemente piensa, racional, coherente y consistentemente. El individuo-sujeto no tiene cuerpo, no necesita cuerpo; adviene una entidad transcendente, de raciocinio cognitivo, que resuelve eficazmente todas las contingencias que se le presenten; el individuo-sujeto ha abandonado su animalidad, su inferioridad en tanto que ser biológico, ha depurado la condición del ser humano hasta llevarla a su máxima expresión, a la inmortalidad. Se trata de una potestad universal de la especie en su conjunto, que hace prescindibles y sustituibles a todas las manifestaciones concretas y encarnadas, hechas cuerpo, en

⁵ Ni que decir tiene que con este tipo de performaciones la lógica disciplinaria, de origen clínico, del “examen” que ya evidenciara Foucault (1994) lleva a sus últimas consecuencias el sentido político que le da origen: el profesor ya no evalúa a los/as alumnos/as, los sitúa en la cuadrícula, individualizada, de un marco de competencia regulado por la idea de que, al margen de la substancia, lo que cuenta es, sólo, sumar más puntos que los/as demás. En paralelo, la calidad de la producción académica ha sido traducida en un complejo sistema de cómputo cuantitativo: ya no importa leer los textos para “evaluar” su calidad, lo único que tiene importancia es situarlos en la cuadrícula cuantitativa de los “índices de impacto”; una soberana estupidez, según las entenderas de un número suficientemente amplio de lectores, puede ser algo de la máxima calidad, del orden de la “excelencia” académica, si figura publicado en el lugar adecuado, avalado, hasta la saciedad, por el mecanismo autorreproductivo de la calidad puramente cuantitativa. No es de extrañar que haya revistas “científicas” que exijan la auto-citación, a la propia revista, como criterio necesario para la aceptación de artículos..

personas concretas. El sujeto es el nuevo Dios Racional de la Modernidad y el individuo su representante en este mundo.

Y así, nuestra precariedad, nuestra finitud, nuestros sentimientos, nuestros deseos, nuestros sueños, nuestra necesidad de buscar un sentido profundo a cuanto experimentamos, quedan relegados a una condición no propiamente humana, por no racional y, por tanto, ajena a la individualidad y a la subjetividad. El depósito de nuestra experiencia, nuestro cuerpo, que se altera con las pulsiones, las emociones, los olores, los sabores, los impulsos hormonales, el que va quedando marcado, en su propia materialidad, por las huellas de la experiencia, el que activa la memoria al ser catalizado por su contacto material con la experiencia, el que vive, duerme, come, defeca, practica el sexo, ama, odia, es acuciado por malestares y por placeres no pensables ni racionizables, el que llora, ríe, desfallece, se activa más allá de sus posibilidades pensables... ese cuerpo, es la gran víctima de la Modernidad, es la manifestación inocultable la animalidad no humana de nuestra condición como seres humanos. Es, simplemente, un “problema”, puesto que desmiente al individuo-sujeto protagonista del proyecto de liberación que presuntamente supuso el proceso de modernización.

Pero, evidentemente, ese cuerpo problemático ha sido objeto de detallada, minuciosa, selectiva y sistemática atención por parte de los aparatos encargados de poner en práctica el proyecto. La economía capitalista necesitaba, y necesita, mano de obra eficiente, esto es, cuerpos aptos para la producción económica; el Estado-nación ha necesitado ciudadanos útiles (cuerpos dispuestos a practicar las prácticas demandadas, como el ejercicio del voto, que es un acto corporal) y aparatos policiales (cuerpos armados para ejercer la violencia cuando sea necesario si es necesario), la familia ha necesitado procreadores que perpetúen, en su núcleo, la especie que garantiza la perpetuidad del capitalismo y del Estado-nación (cuerpos biológicamente condicionados por una sexualidad animal que los alimenta como tales). Se han necesitado muchos cuerpos dispuestos y predispuestos a emprender ese proyecto, cuerpos modelados, en lo inmediato, por la afectividad y el deseo, por la así llamada, y proscrita, irracionalidad de su condición biológica y animal, y cuerpos mortales, que es necesario sustituir por otros cuerpos, igualmente mortales, para perpetuar el proyecto.

De ahí que la dimensión performativa de la modernidad combine un discurso abstracto, racionalista, discurso del individuo-sujeto, con otro que apela, sin enunciarlo de manera visible, a la necesaria corporalidad que, de hecho, se necesita para llevar a cabo el proyecto que la informa. Si el individuo puede ser aislado como tal, como categoría relevante, se debe a la evidencia inmediata de un cuerpo, un sustrato material que delimita sus fronteras (Bourdieu, 1999); esa materialidad ha sido despojada de todos sus atributos constitutivos para ser relegada a la condición de depósito neutro de una materialidad prescindible en relación con la existencia del individuo-sujeto. Ha sido definido como “máquina”, mero conjunto de funciones, anatomía y fisiología... una “cosa natural”.

Pues bien, la condición performativa que nos sujeta ha tomado a su cargo ese depósito para inculcarnos, aparentemente al margen de la ortodoxia racionalista, la necesidad de unas determinadas condiciones corporales a cumplir para estar acordes con nuestro orden de existencia. Se han dictaminado preferencias estéticas (cambiantes con el discurrir del tiempo) y funcionales (cambiantes según los dictámenes de la ciencia médica en cuanto a los óptimos que definirían un universal de salud); se han promovido estereotipos corporales como modelos de excelencia que garantizarían todos los bienes prometidos por la Modernidad; se ha acordonado la sexualidad de nuestro cuerpo mediante dictámenes sobre su adecuado uso; se ha disciplinado nuestro cuerpo en los aparatos educativos (bajo la ortodoxia discursiva del aprendizaje, de la adquisición, abstracta, de conocimiento, se han desplegado prácticas de disciplinamiento corporal que, se entiende, son prerequisite necesario para dicho aprendizaje: es impensable, para nadie que pertenezca a nuestra órbita cultural, que se puede aprender algo si no es sentado en un pupitre, de modo, corporal, pasivo, escuchando un discurso magistral depositario de dicho conocimiento; sujetos discentes y docentes, cuerpos sedentes y mudos frente a cuerpos erguidos y oratorios); conocer es “ver” y su demostración es “hablar”, esto es, conocer son dos actos corporales, sentidos puestos en práctica. Aunque lo único que se rescate de eso, eludiendo su necesidad corporal, son los efectos abstractos, individuales, derivados. Marx es *El Capital* y un discurso

revolucionario anti-capitalista, no es ese cuerpo burgués, dado a la procreación extra-matrimonial, al expolio económico de su querido Engels y al exabrupto emocional ante las ignominias que entendía se daban en su época; Marx nunca tuvo cuerpo.

Las performances nos dicen, racionalmente, qué hacer para optar a una condición plana de individuo y sujeto mientras nos instan a perseguir una condición corporal que, dissociada de esa racionalidad, se nos muestra, implícitamente, como requisito necesario para ello. Somos cuerpos atrapados en nuestra contingencia vital, nuestros horarios, nuestra alimentación, nuestros espacios geográficos de desenvolvimiento, nuestras aptitudes biológicas, nuestras apreciaciones y prácticas estéticas, nuestras infinitas limitaciones (que nos hacen no poder estar en cualquier otro lugar que aquel que nuestro cuerpo ocupe en cada momento), pero conformados performativamente por un discurso de poder que nos define a-corporalmente como individuos-sujetos, racionales y responsables, y que al mismo tiempo nos impone directrices sobre ese cuerpo eludido y lo somete a extremos disciplinamientos desde la cuna.

Y en los momentos actuales, esa con-per-formación corporal, al amparo del NGM, ha alcanzado unas cotas intolerables (hoy he sido imprecado por un venerable anciano porque, yendo en bicicleta por la acera, no circulaba por mi derecha; no importaba que hubiera espacio de sobra para que cada cual pasara por dónde tuviera a bien, ni que, desde lejos, nos hubiésemos visto y, con ello, prevenido con suficientes garantías, ambos, cualquier percance; para él era intolerable que un ciclista no acatara las “normas de circulación” —que no las hay para bicicletas por la acera, sino que son la transposición de las de los automóviles— y no tuviera bien conforme, sobre la bici, su cuerpo en el lugar adecuado...)⁶

Sometimientos corporales, performances, que se traducen en prácticas acordes con los intereses interesados que los someten, conformaciones.

⁶ En el reciente acto de defensa de mi candidatura a Profesor Titular de Universidad, en el tránsito de espera para que la comisión rellenase todos los documentos burocráticos que acompañan al mismo, y dado el nerviosismo que me acompañaba, me decidí, pese a la normativa vigente, que impide fumar en cualquier espacio cerrado de ámbito público, a encender un cigarrillo en el pasillo de la facultad. Una facultad desierta en esas fechas veraniegas en la que el empeño de contaminar a terceros con mi humo hubiera sido, realmente, una tarea compleja. Se sumó a mi iniciativa una segunda persona y al corrillo una tercer no fumadora. Apareció entonces un individuo (en sentido riguroso y literal, al margen de su corporalidad humana: el perfecto, masculino con-per-formado) que pasó a nuestro lado, por el pasillo; nos venía mirando con talante osco y agresivo, sin decir nada, y una vez hubo pasado a nuestra altura, se dio la vuelta y nos dijo: “¿es que no sabéis que aquí no se puede fumar?”; a lo cual respondimos: “Sí, pero es que ahora mismo no estamos contaminando a nadie”; sorprendido ante esta respuesta, de no ignorancia y de “voluntariedad” —calculo que esperaba una respuesta sumisa y per-con-forme acompañada de una disculpa a su persona por estar atentando contra su salud corporal—, se frenó la que sin duda era la siguiente acción que tenía en mente, y en acto: denostarnos, flagelarnos, y con la virtud acompañándole en ello, seguir su camino habiéndonos obligado a apagar los cigarrillos. Se dio la vuelta meneando la cabeza y murmurando, pero ya sin ganas de abrir abiertamente la disputa. Performatividades de una Ley Antitabaco que conforma disposiciones y actitudes corporales, que conforma cuerpos dispuestos a la intervención policial salvo que la extemporaneidad de la ocasión ponga en suspenso los presupuestos no cuestionados, la performatividad, propiamente dicha, que conforma dichos cuerpos. Ese “individuo”, en esa ocasión, fue reducido, sin darse él cuenta de ello, a un cuerpo cabizbajo y frustrado, que se vio evacuado, muy a su pesar, de una ortodoxia en la que ese cuerpo se ha acostumbrado, disciplinada y sumisamente, a desenvolverse cotidianamente... en beneficio del neoliberalismo...

Transformaciones

De la Modernidad propiamente moderna, como proyecto bifronte y contradictorio, hasta el NGM actual, transitan unos cuantos siglos y es pertinente situar ambas transformaciones, de conjunto, en perspectiva comparada. La Modernidad propiamente moderna fue un fruto gestado por la Revolución; la revolución es el gran desencadenante de la Modernidad, su hijo primigenio, su “voluntad” (Arendt, 1967: 29-66); la Modernidad propiamente moderna es consecuencia de un acto colectivo disipativo, de una acción congregada, de un conjunto de cuerpos puestos al servicio de un proyecto, en acción irreversible. La Modernidad propiamente moderna es ruptura, exabrupto, crítica radical, teórica y práctica. Por lo tanto, no cabe concebir su génesis sin Marx.

El NGM, que implica una recomposición de conjunto, respecto de la Modernidad propiamente moderna, que, exacerbando hasta límites intolerables su condición dual-contradictoria ha hecho emerger realidades radicalmente novedosas, es fruto, al contrario de un continuismo no rupturista (aunque radical) propiciado por la propia ortodoxia, ideológica, política y económica, de la Modernidad. Pero, curiosamente, ese continuismo, que se ha pretendido tal, ha dinamitado los tres pilares fundamentales de la Modernidad: el Estado-nación, la Familia y el Trabajo.

Dos recomposiciones de conjunto, dos transformaciones y dos sujetos colectivos protagonistas. Enunciados retrospectivamente son, en realidad, el mismo: la burguesía (he ahí la importancia de leer el sentido de la Modernidad a través de la obra de Marx), pero no es cierto si nos paramos a considerar las implicaciones y los resultados. La burguesía emergente con el naciente capitalismo se desembarazaba del enemigo, integral, del pasado, la aristocracia teológica afincada en los derechos de herencia y los principios monárquicos; la burguesía consolidada que propicia el NGM se desembaraza, inconsciente e irreflexivamente, de su enemigo, integral, futuro, la clase trabajadora que todavía percibe una ínfima parte del beneficio económico absoluto que aspira a conseguir.

La burguesía propiamente moderna alentó a las clases bajas a seguir el camino revolucionario en contra de los poderes vigentes porque ese frente común eliminaba las trabas que se oponían a su elevación al poder; creó una alianza (ella se beneficiaba y los aliados no, pero era una alianza); la burguesía del NGM actúa al margen de cualquier alianza, en beneficio exclusivamente propio y destruyendo la fuente fundamental de sus beneficios. La exageración tecnocrática-tecnologizada de regulación que hemos alcanzado ha suscitado esta magnífica ceguera. El sujeto colectivo de la transformación contemporánea no tiene nada que derribar, no tiene pasado contra el que rebelarse, sólo tiene el objetivo de llevar a sus últimas consecuencias la criatura que ha engendrado; con la paradójica consecuencia de que se ha involucrado en un proyecto suicida.

La modernidad no propiamente moderna del NGM se ha embarcado en un proyecto de suicidio colectivo, ni más ni menos.

Ahora bien; hablamos en abstracto, sustantivando categorías, fundamentalmente la de “burguesía” que encubren realidades bastante poco categorizables, por la heterogénea, compleja e improgramable constitución que la define. Sin embargo, indican la existencia efectiva de un sujeto colectivo de transformación. El empuje moderno de la burguesía emergente, aún no obedeciendo a plan prefijado ni voluntad consciente, propició la transformación; el empuje actual de la nueva burguesía financiera tecnocrático-tecnológica está propiciando, en igual medida, otro tanto.

La diferencia es que la Modernidad fue fruto de la creatividad humana, de la puesta en práctica de la capacidad de innovación, activada por cuerpos dis-con-formes que poseían la capacidad de pensar al margen de las conformaciones y de las performances del momento, que eran capaces de concebir, y llevar a la práctica, alternativas. Mientras que ahora son cuerpos hiper-per-con-formes los que regulan y deciden la transformación; material humano sedimentado en las ortodoxias vigentes, incapaces de levantar su mirada al cielo y sorprenderse por la luminosidad de las estrellas, la finitud del ser humano y la contingencia del día a día.

El NGM es fruto del adoctrinamiento sistemático, y selecto, de agentes sociales conformados a las estructuras que han heredado y que, sin conciencia de ello, en gran medida, pretenden preservar y mantener, pues de dicho mantenimiento se deriva, tanto la garantía de su condición privilegiada como la de su eficiencia como agentes para mantenerla.

La transformación en curso nos conduce al fenecimiento absoluto, puesto que está en riesgo la integridad, como ecosistema, del planeta que nos da cobijo. Las acciones que van conduciendo a su consecución tienen como efecto la extensión de la pobreza, la deforestación, el deterioro de la capa de ozono, la destrucción de la infinita heterogeneidad de las múltiples culturas humanas, el exterminio de especies naturales y vegetales... la degradación generalizada de nuestra existencia. El NGM disciplina, somete, adiestra, mutila y mata millones de cuerpos humanos (y no humanos) todos los días. Todo ello en beneficio, básicamente, de que los índices bursátiles se muevan al alza y que los bancos no dejen de incrementar sus beneficios; que se muera gente, que los índices de paro lleguen a ser intolerables, que el nivel de supervivencia de cada vez más gente se vea rebajado sin cesar o que los/as niños/as sólo aprendan a competir en una fiera carrera escolar por ser el primero/a al margen del sentido de la carrera, son cuestiones secundarias, prescindibles (lamentablemente, hace tiempo que tenemos el concepto: "efectos colaterales"; cuando se ha definido una prioridad incuestionable, desde el poder vigente, cualquier coste cruento debe ser tolerado... y, a fecha actual, lo es).

La presente transformación es aberrante y debe, necesariamente, suscitar una respuesta colectiva: la mitad de la población del planeta, residente en sus regiones más desfavorecidas ha de arreglárselas con los mismos recursos económicos que las 356 principales fortunas particulares (Castells, 1996: 95-105); ése es un efecto concreto de dicha transformación.

Pero para generar una dinámica propiamente transformadora es necesario rescatar a la persona, disipar las capas de individualismo y racionalidad que han ido sepultándola; es necesario des-per-conformar nuestra existencia, desvelando lo arbitrario de los discursos de poder y sus prácticas asociadas, tomando conciencia de la sujeción cotidiana a la que la misma está sometida, renegar de las ortodoxias, cuestionar lo incuestionable, según dicho discurso, y dejar cabida a la creatividad y a la novedad. Y para ello es necesario poner en práctica una capacidad de pensamiento liberada de las trabas que la coartan. Hace falta, como dice Bourdieu (1999) que los agentes sociales, conformados en sus aptitudes como tales por las regularidades del mundo que habitan, cuando constaten que dichas aptitudes ya no son adecuadas, puedan activar esa potestad que siempre han poseído de pensar al margen de dichas estructuras, de activar su capacidad de rechazo, resistencia y negación. Han de no estar irreversiblemente sometidos a la per-con-formatividad que condiciona regularmente su existencia.

Es muy sencillo en su enunciación y muy complejo en su puesta en práctica: hace falta creatividad. La creatividad está inscrita en nuestros cuerpos —no completamente regulables por las disciplinas que los someten, pues no pueden, como tales, renegar de su animalidad— y en nuestras emociones —desencadenadas por circunstancias que en gran medida escapan a los poderes disciplinarios, aunque los mismos hayan adquirido una enorme capacidad de control sobre las mismas (Illouz, 2007)—. Es necesario "transducir" el sentido y las prácticas en las que nos involucramos, ir "más allá" de lo evidente:

«El camino transductivo es una (re)construcción permanente del método o meta camino a lo largo del camino, por un sujeto en proceso que sigue al ser en su génesis, en su incesante producción de nuevas estructuras» (Ibáñez, 1985: 264)

Esa reconstrucción permanente no es posible en un universo social en el que la per-con-formatividad ha llegado a subsumir en la idiocia al conjunto de las poblaciones sometidas, reduciendo los cuerpos a cosas-máquina, las emociones a márgenes prescindibles de nuestra existencia y el pensamiento a pura reproducción de las arbitrariedades enunciadas por los poderes instituidos.

Sólo un ser humano íntegro puede ser transductivo, con cuerpo y con emociones, con animadversión y odio, tanto como amor y pasiones, y sueños y esperanza. Ese ser humano, proscrito por el individuo-sujeto moderno que pervive, enaltecido, en la lógica del NGM, ha de ser re-descubierto. Ha llegado el momento de volverse anti-modernos, anti-rationales, no para rescatar el conservadurismo romántico decimonónico sino, simplemente, la persona humana que se nos perdió por el camino.

Esto es lo más complejo, es la intención a tratar de engendrar, sin directrices previas que puedan orientar su discurrir y sus resultados; es tarea de unos cuerpos, colectivos, que rescaten su condición de tales y su pulsión emocional para “decidir”, sin cálculo racional, cómo quieren que su existencia sea. La cuestión es si estamos en condiciones de hacerlo...

Transductividad corporal y emocional

La transducción (Ferreira, 2005, 2007; Ibáñez, 1985; Simondon, 1996) es un principio generativo, procesual, heterodoxo, anti-moderno y anti-individualista. Expresa el exceso de persona que pretende ser contenido por el colapso conceptual de las categorías individuo y sujeto, y el defecto del ser humano ocluido por los principios de perfectibilidad indefinida de la racionalidad moderna. Transductividad es capacidad creativa y transformadora de los cuerpos protagonistas de los procesos que los constriñen.

Para transducir, para ser capaz de ponerse en situación, radical, de afrontar de manera teórica y práctica, un proceso de transformación social, es necesario re-apropiarse de la propia, constitutiva e irredenta corporalidad que nos informa, despojarla de las performaciones y las conformaciones que la constriñen, la domeñan y la minimizan en todas sus potencialidades, y llevar a cabo esa reapropiación con el claro sentimiento, y la pasión, de quien sabe, más allá de todo raciocinio, que hay que hacer lo que hay que hacer porque la necesidad surge del clamor de las vísceras.

El NGM es fruto, en gran medida de una “des-capacidad” generalizada que domina nuestros universos prácticos de referencia, una inutilidad, minusvalía, colectiva, para tomar en consideración a esa persona humana corporal y emocional, necesitada de sueños y ávida de deseos que perseguir, con ardor y sin consideración de los límites, racionales, de la empresa.

Anticipo un concepto transductivo, el de descapacidad, que pretende poner en cuestión las significaciones y efectos prácticos que recaen sobre las personas que han sido etiquetadas con la ortodoxia del concepto del que se deriva, discapacidad.

Entre el colectivo, multiforme y disperso en su verdadera condición corporal y emocional, de personas que habitan el planeta y se ven sometidos a las performatividades y conformaciones del NGM están las así llamadas personas con discapacidad, presupuestas como imperfectas, en su corporalidad, por una merma, el “dis” que las cualifica, como condición estrictamente atributiva del individuo que se supone son; absolutamente responsables, en su individualidad, de esa su merma, su dis, pero que sin embargo son lo que son por estar obligadas a convivir en un mundo manifiestamente inhumano que no atiende a la compleja singularidad de las necesidades humanas de sus habitantes, entre ellas, las de esas personas. Si existe discapacidad, como condición de existencia para un número importante de personas, es porque hay inúmeros procesos de des-capacitación, de imposición arbitraria y autoritaria, de la merma y de la insuficiencia.

Pero pensemos... si discapacitados, por cualificación atribuida, sólo hay un número limitado de personas (disminuidas en su condición de individuos y de sujetos por dicha cualificación), descapacitados somos todos/as, en la medida en la que hemos sido expropiados/as de nuestras auténticas capacidades humanas,

como cuerpos indóciles, animales y perecederos, y como seres intensamente emocionados, aunque no quiéramos, por las performatividades y conformatividades que nos constriñen, en nuestra existencia.

Habitamos un mundo discapacitante y discapacitado, expropiador, intolerante y altamente desconsiderado con nuestra condición, vital, humana, corporal y emocional de personas necesitadas de ilusión y esperanza, pero reales y no ficticias, gestadas y propiciadas por un discurso hipócrita del éxito imposible. Somos personas con discapacidad, todos/as, por efecto de la dinámica de conjunto que propicia el mantenimiento del NGM. Estamos discapacitados para pensar libre y autónomamente, estamos discapacitados para actuar libre y autónomamente, estamos discapacitados para sentir libre y autónomamente, estamos discapacitados para apropiarnos de nuestra corporalidad libre y autónomamente. Estamos condenados a la extinción, como personas, como cuerpos, como emociones, si no nos liberamos de esa dis-des-capacitación generalizada y recuperamos nuestra condición al margen y en contra del individuo y del sujeto con el que nos performan los poderes políticos y económicos que nos conforman.

La transformación pasa, necesariamente, por un ejercicio transductivo de dis-des-capacitación, corporal y emocional. (Mientras sigamos creyendo que vale más cobrar unos cuantos cientos de euros más al mes que hacer reír a un niño; mientras pensemos que es mejor el honor de ser citado/a en un espacio reconocido por los criterios actuales de calidad que el grato calor de ayudar a una viejecita a subir las escaleras... mientras hagamos todo lo que consagra como un orden evidente e incuestionable todas esas preferencias, seremos seres discapacitados, conformes y performes, incapaces de transductividad y, por tanto, de transformación...).

Como me he planteado llevar a cabo un ejercicio sistemático, transductivo, de dis-des-capacitación, que requiere ejercicios bastante más precisos y consistentes que el presente, pero que requiere también de la puesta en marcha, corporal y emocional, de esas aptitudes largamente adormecidas por la Modernidad y su monstruo contemporáneo, el NGM, dejo con estas líneas un nuevo apunte, imperfecto y provisional, de lo que espero que sean frutos más sólidos en un futuro próximo. Porque la transformación es necesaria, sin duda.

Bibliografía

- Aloonso, L. E. (1999): "El trabajo más allá del empleo: la transformación del modo de vida laboral y la reconstrucción de la cuestión social", en L. E. Alonso: *Trabajo y ciudadanía*, Madrid, Trotta.
- Arendt, H. (1967): *Sobre la revolución*, Madrid, Revista de Occidente.
- Beck, U. (2001): *¿Qué es la globalización?*, Barcelona, Paidós.
- Bourdieu, P. (1999): *Meditaciones pascalianas*, Madrid, Anagra ma.
- Castells, M. (1996): "El cuarto mundo: capitalismo informacional, pobreza y exclusión social", en M. Castells: *La Era de la Información* (Volumen 3), Madrid, Alianza; pp. 95-191.
- Castells, M. (1998): "Conclusiones: entender nuestro mundo"; en M. Castells: *La era de la información* (vol. 3), Madrid, Alianza; pp. 369-394.
- Durkheim, É. (1973): *De la división del trabajo social*, Buenos Aires, Schapire.
- Ferreira, M. A. V. (2005): "La reflexividad social transductiva: la construcción práctico-cognitiva de lo social y la sociología", *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* 11 (enero-junio 2005); pp. 287-303. <http://www.ucm.es/info/nomadas/11/mferreira.pdf>

- Ferreira, M. A. V. (2007): "Un nuevo concepto para la comprensión de la acción social: la transductividad creativa de las prácticas cotidianas", *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, Vol. 1 (1), (2007); pp. 1-16: <http://www.intersticios.es/article/view/611/542>
- Ibáñez, J. (1985): *Del algoritmo al sujeto*, Madrid, s. XXI.
- Illouz, E. (2007): *Intimidades congeladas: las emociones en el capitalismo*, Buenos Aires, Katz.
- Foucault, M. (1994): *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Madrid, s. XXI.
- Marx, K (1976): *El capital*, Madrid, s. XXI.
- Marx, K. (1987): *El manifiesto comunista*, Madrid, Alhambra.
- Marx, K. (1989): *Manuscritos de Economía y Filosofía*, Madrid, Alianza.
- Nietzsche, F. (1990): *El anticristo*, Madrid, Alianza.
- Nietzsche, F. (1991): *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza.
- Nietzsche, F. (1992): *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza.
- Nietzsche, F. (1993): *El nacimiento de la tragedia*, Madrid, Alianza.
- Nietzsche, F. (1998): *Sobre verdad y mentira*, Madrid, Tecnos.
- Rodríguez Díaz, S. (2011): *La cruzada antitabaco vista por los infieles*, Málaga, Sepha.
- Simondon, G. (1996): "la génesis del individuo", en Crary J. y Kwinter, S.: *Incorporaciones*, Madrid, Cátedra.
- Wagner, P. (1997): *Sociología de la modernidad*, Barcelona, Herder.
- Watson, T. (1995): *Trabajo y sociedad*, Barcelona, Hacer.